



EL ECUMENISMO EN LA COMUNIDAD DE «CHEMIN NEUF»: ‘DIVERSIDAD RECONCILIADA’. LA CATEQUESIS EN UN CONTEXTO ECUMÉNICO Y DE PLURALISMO RELIGIOSO

Comunidad Chemin Neuf
(Cartuja Aula Dei en Zaragoza)

Introducción

«Porque la división de los cristianos es el mayor obstáculo para la evangelización, porque creemos que la oración de Jesús por la unidad será atendida: “que todos sean uno para que el mundo crea”, juntos, ortodoxos, protestantes, anglicanos, evangélicos, católicos, sin más dilación, emprendemos el humilde camino de una vida cotidiana compartida».

(Manifiesto comunitario distribuido al final de la celebración de los compromisos de vida en la Comunidad Chemin Neuf, Pascua de 1986, Primatiale St Jean en Lyon.)

Hace ya casi 50 años que, en comunión con Roma, en la Comunidad *Chemin Neuf* vivimos esa “diversidad reconciliada” de la que tanto habla el Papa Francisco en este tiempo. Hemos experimentado mucho miedo, desconfianza, incluso recelo, con los que no son como nosotros. Pero la división no siempre es negativa.

La palabra “división” viene del latín *divisio*, que a su vez procede del verbo *divido*, que se analiza como *di* (doble) y *vido* (separar, quitar), por lo que se separa en dos partes. El verbo *vido* da a la viuda *vida*, que está separada de su marido. Cuando Dios separa el agua de la tierra, divide.

El momento que vivimos hoy en nuestra sociedad nos lleva cada vez más hacia un pluralismo que no es negativo, sino que abre un nuevo horizonte cultural y religioso. “El pluralismo, pues, no es fruto de los caprichos de la modernidad, sino resultado de la convergencia y divergencia de numerosos factores particulares -es decir, dispares intereses e idearios sociales, económicos, políticos, religiosos, etc., y grupos, organizaciones e instituciones igualmente



heterogéneos-, a través de los cuales se revela y expresa una riqueza universal que poseemos entre todos. Pero en ningún caso debe identificarse con un signo de confusión o debilidad por el hecho de que perjudique la orientación vital de las personas, al tiempo que limita las oportunidades de respeto: *más que una dificultad, el pluralismo es posibilidad*¹.

1. Perspectiva histórica

Desde los inicios de la comunidad *Chemin Neuf* en 1973, el Espíritu Santo nos ha conducido hacia una apertura ecuménica. Así somos hoy, una comunidad católica con vocación ecuménica.

a) Una experiencia fundacional

En la época en que la renovación carismática llegaba a Francia desde Estados Unidos, Laurent Fabre, futuro fundador de la comunidad y seminarista jesuita en Lyon, fue interpelado por la experiencia del poder del Espíritu Santo por un compañero jesuita americano de Seattle. Por ello, decidió dedicar un fin de semana de oración al Espíritu Santo en las montañas. Invitó al joven jesuita estadounidense, al que providencialmente se unieron esa noche dos jóvenes que hacían autostop. Éste se ofreció a rezar por ellos para recibir el Bautismo en el Espíritu Santo. Esta experiencia espiritual transformará su vida. A su regreso, Laurent participó en un grupo de oración que dio origen a la Renovación Carismática Católica en Lyon, grupo del que posteriormente surgió la comunidad.

Poco a poco, hermanos y hermanas de otras confesiones cristianas piden experimentar nuestra vida comunitaria con nosotros. Evangelizamos por y para la unidad. Aplicamos lo que el Papa Juan Pablo II dijo en varios discursos oficiales: “Lo que podamos hacer juntos, hagámoslo juntos”. Podemos vivir juntos en una sola casa, así que vivimos católicos, protestantes, ortodoxos juntos en una misma casa. Podemos rezar juntos, así que rezamos juntos. No se nos prohíbe evangelizar juntos, así que evangelizamos juntos. Todo lo que podemos hacer juntos, lo hacemos juntos. Básicamente, se trata de vivir el ecumenismo a tiempo completo, las 24 horas del día.

¹ J. L. Moral: “Catequesis, educación y encuentro con Jesús de Nazaret”, *Resonancias catequéticas* 1 (2019) 100.

b) Algunas prácticas ecuménicas que se van implantando gradualmente:

- Rezamos cada día por la unidad de los cristianos. En la misa de la mañana decimos juntos: “Señor Jesús, que pediste que todos fueran uno, te pedimos por la unidad de los cristianos, como quieras, por los medios que quieras. Que tu Espíritu nos permita experimentar el dolor de la separación, ver nuestra pecaminosidad y esperar más allá de la esperanza”.

(Texto compuesto por los miembros de la Comunidad Chemin Neuf a partir de la oración del abate Paul Couturier, pionero del ecumenismo en Lyon)

- Todos los jueves tenemos un servicio litúrgico por la unidad de los cristianos. Nuestro deseo es estar profundamente arraigados en la diversidad de cada una de nuestras iglesias.

- Se invita a todos los sacerdotes, párrocos y diáconos a rezar explícitamente por las otras iglesias cuando celebren una eucaristía o un servicio.

- Nos animamos a conocer y visitar las iglesias cristianas de nuestra zona y a sus responsables. De vez en cuando, de una forma u otra, se nos invita a participar en un servicio o celebración en estas iglesias.

- Cada miembro de la Comunidad se compromete a trabajar y a formarse. En primer lugar, debemos conocer la historia de nuestras propias iglesias, la historia de nuestras separaciones, la historia del ecumenismo y los documentos esenciales escritos sobre este tema. Por ejemplo, el estudio de la encíclica *Ut Unum Sint* de Juan Pablo II, el *Directorio Ecuménico*, los trabajos del *Grupo Dombes*, los textos oficiales sobre el diálogo intereclesial, etc. También se le invita a participar en diversas acciones e iniciativas ecuménicas en su región.

- Se crea un grupo de trabajo teológico y multiconfesional.

- Es imposible buscar la unidad sin reconciliación. Al compartir nuestra vida con toda la verdad, en su fragilidad y pobreza, nos vemos llevados a pedirnos perdón mutuamente y a reconocer la extraordinaria misericordia del Padre. Así es como cada martes nos tomamos un tiempo de desierto y oración en el que siempre se inserta un tiempo de reconciliación.

- Por otra parte, esta “pasión por la unidad” se expresa y se vive de muchas maneras, ocultas o visibles: la unidad cristiana, por supuesto, pero también la unidad interior de la persona, trabajada en particular desde los ejercicios de San Ignacio, la unidad de la pareja y familias que es el propósito de nuestra misión de



Caná, la unidad entre hombres y mujeres, entre generaciones, países y culturas.

c) Dar la vida por la unidad de los cristianos

En nuestra consagración religiosa en la comunidad, los solteros y las familias, damos nuestra vida por la unidad de los cristianos para que se realice y se cumpla la oración de Jesús: “Padre, que sean uno para que el mundo crea” (Cf. Jn 17,21).

Este don, en sus servicios visibles u ocultos, supone que llevemos humildemente la cruz de la unidad, como un largo y paciente trabajo de reconciliación. De este modo, preferiremos y aceptaremos aquellos lugares de misión donde lo que está en juego es la unidad. Como dijo el abate Couturier, “hay un abismo, un abismo muy profundo entre católicos y protestantes, pero no es muy ancho: ¡podemos saltarlo con los dos pies! Algunos tenemos vocación de puente. Tenemos un dicho en nuestra comunidad que dice que en tiempos de guerra los puentes son los primeros en ser bombardeados. ¡Después de más de 40 años de historia de la comunidad, los momentos de dificultad, conflicto o lucha han estado presentes y se han sentido principalmente en las articulaciones! Sin embargo, la alegría del humilde camino emprendido supera con creces las dificultades”.

El padre Laurent Fabre decía: “Me gusta mucho esta expresión, *tomar el camino humilde de una vida cotidiana compartida*, porque tiene el perfume de las ‘Bienaventuranzas’, del Sermón de la Montaña de Jesús. Cada vez más tengo la sensación de vivir una revolución silenciosa, una protesta pacífica. En silencio, demostramos año tras año, día tras día, minuto tras minuto que lo que nos divide es más débil que lo que nos une”.

2. Desarrollo comunitario ecuménico

a) Una red internacional de oración y formación

El paso al siglo XXI, marcado por el desarrollo de las redes de Internet, abre un nuevo campo de evangelización. Es entonces cuando resuena en nosotros la visión del monasterio invisible que el abad Paul Couturier tenía ya en 1944: “Si cada jueves por la tarde, en la conmemoración semanal del Gran Jueves, una inmensa multitud de cristianos de todas las confesiones formara una inmensa red que rodeara la tierra, como un vasto “Monasterio Invisible” en el que todos se absorbieran en la oración de Cristo por la Unidad, ¿no sería la aurora de la unidad de los cristianos que amanecería en el mundo? ¿No es esta

actitud de sincera, profunda y ardiente emulación espiritual la que el Padre espera para realizar la Unidad visible, para realizar todos los milagros necesarios para reunir en su Iglesia visible a todos los que le aman y que han sido visiblemente marcados con el sello bautismal?”²

- Así nació la *Fraternidad Ecuménica Internacional* (FOI) en la que la red *Net For God* ofrece, a través de vídeos y encuentros, un espacio de oración, testimonio, formación y evangelización. 500 puntos de la Red en 65 países se reúnen una vez al mes para vivir esta experiencia.

- Una revista trimestral titulada *FAITH: A Passion for Unity*, traducida a varios idiomas, ofrece apoyo adicional.

- Al mismo tiempo, surgió el Instituto de Teología de Dombes, dirigido por la comunidad de *Chemin Neuf* en colaboración con la Facultad Católica de Teología de Lyon, así como nuestro *Studium de Philosophie* de Chartres en colaboración con el Centro Jesuita de Sèvres en París. La colaboración con diferentes lugares de estudio ancla la llamada a la formación que recibe la comunidad. Los cursos impartidos a dos voces, una católica y otra de otra confesión, permiten un verdadero enfoque ecuménico de los temas tratados.

b) Otros eventos clave

- Desde sus inicios en Estados Unidos, la Renovación Carismática ha sido ecuménica. Este flujo de gracia dado a la Iglesia es el fundamento de la vocación ecuménica de la comunidad desde sus inicios. En la Carpa de la Unidad y en los encuentros pentecostales sobre Europa celebrados en 1982 en Estrasburgo, se forjaron fuertes vínculos entre la comunidad y las iglesias de la Reforma, los evangélicos y los pentecostales. El llamamiento del pastor Thomas Roberts a “*dar la vida por la unidad de los cristianos*” y la exhortación del padre Laurent Fabre: “*Europa, Europa, si no compartes, morirás*”.

- A partir de 1986, los compromisos de vida de los miembros no católicos en la Comunidad marcaron otro paso adelante.

- A partir de los años 90, se celebraron encuentros ecuménicos anuales para promover el diálogo y tratar las cuestiones que plantea nuestra vida en común.

² Cf. Sitio web de Chemin Neuf: <https://il.chemin-neuf.org/fr/accueil/nos-propositions/net-for-god>.]



- Cada año, la Abadía de Hautecombe organiza una sesión de formación de tres días abierta a todos.

- En 2014, Justin Welby, Primado de la Comunión Anglicana, llama a la Comunidad a compartir su carisma de oración y unidad. En el Palacio de Lambeth, su sede en Londres, se crea una fraternidad *Chemin Neuf* para compartir la vida comunitaria, rezar juntos y ayudar en la formación de los jóvenes reunidos por la Iglesia anglicana.

c) Misiones que promueven la unidad.

- CANÁ

La falta de amor y de perdón socava nuestra sociedad y, en particular, la familia. La visión de una gran ciudad al atardecer, embargada por un enorme apagón que simboliza millones de casas de luz que se apagan una tras otra, embargadas por el frío, fue decisiva en la creación de la misión de Caná. Muchas parejas y familias renovarán su amor, sanarán sus heridas y, a su vez, se convertirán en testigos vivos de la salvación para muchas otras parejas.

- SILOÉ

A algunos se les ofrecerá un camino de curación y unidad interior. Al releer su historia a la luz del Evangelio, gracias a la paz y la certeza interior de ser amado por Dios incondicionalmente, el ejercitante liberado se convierte en un testigo vivo de la presencia de Dios en nuestras vidas.

3. El ecumenismo: ¿un camino de evangelización?

a) Desde el Concilio Vaticano II hasta los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI.

El 11 de octubre de 1962 se inauguró el Concilio Ecuménico Vaticano II. Tras muchos años de resistencia contra el movimiento ecuménico, la Iglesia católica cambió su posición. La cuestión del ecumenismo iba a ser central en el Concilio Vaticano II, y el objetivo era lograr la unidad visible entre todos los cristianos. Entre muchos documentos, todos ellos de gran importancia, algunos son esenciales para nosotros: *Dei Verbum* sobre la relación entre la Tradición, la Escritura y el Magisterio; *Lumen Gentium* desarrollando el misterio de la Iglesia y en particular el lugar de la Santísima Virgen María en la economía de la Salvación, o *Unitatis Redintegratio* sentando las bases de la investigación ecuménica de la Iglesia Católica. Sin olvidar la Declaración *Dignitatis Humanae* sobre la libertad de conciencia y la Declaración *Nostra Aetate* sobre las relaciones con las demás religiones.

A esto le siguieron una serie de acciones proféticas e importantes acontecimientos que sorprendieron al mundo entero. Así, Pablo VI y Atenágoras se encontraron y abrazaron en Jerusalén en 1964. En 1965, en una declaración solemne, levantaron los anatemas que los habían separado casi 1000 años antes. Ese mismo año, la Iglesia Católica envió observadores al Consejo Mundial de Iglesias. Se celebraron innumerables diálogos bilaterales que allanaron el camino hacia la unidad.

Juan Pablo II consiguió hacer visibles a través de los medios de comunicación varios pasos hacia el acercamiento entre las iglesias cristianas e incluso con otras religiones. Es imposible recordar aquí todas las alegrías de este camino, pero cómo dejar en silencio la *Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación por la Fe* entre la Federación Luterana Mundial y la Iglesia Católica Romana, en 1999, declaración que puso fin a la antigua disputa entre las dos iglesias sobre este tema. Posteriormente, esta declaración ha sido firmada por varias otras denominaciones cristianas nacidas de la Reforma.

En su carta encíclica *Ut Unum Sint*, de gran importancia para el ecumenismo y publicada ya en 1995, el Papa Juan Pablo II afirmaba: “Con el Concilio Vaticano II, la Iglesia católica se ha comprometido *irreversiblemente* en el camino de la búsqueda ecuménica, escuchando así al Espíritu Santo que nos enseña a leer atentamente los signos de los tiempos” (n.3).

No duda en pedir perdón al mundo, en nombre de la Iglesia, reconociendo y confesando “la debilidad de sus hijos, consciente de que sus pecados son otras tantas traiciones y obstáculos a la realización del plan del Salvador” (n. 3).

El Papa Benedicto XVI, por su parte, retomará y confirmará con fuerza el camino emprendido por Juan Pablo II. No dudará en llamar al Concilio Vaticano II un nuevo Pentecostés. Fue testigo directo del Concilio, participando como experto junto al cardenal Frings, y más tarde como perito oficial. “Esperábamos que todo se renovara”, dijo a los sacerdotes en Roma el 14 de febrero de 2013, “que llegara realmente un nuevo Pentecostés, una nueva era de la Iglesia” (...) Sentíamos que la Iglesia no avanzaba, que se encogía, que parecía más bien una realidad del pasado y no una portadora de futuro. Y en aquel momento esperábamos que esta relación se renovara, cambiara; que la Iglesia volviera a ser una fuerza para el mañana y una fuerza para el hoy”.



Citando a Juan Pablo II en la audiencia general del 10 de octubre de 2012, refrendó la definición del “Concilio como la gran gracia de la que se ha beneficiado la Iglesia en el siglo XX: nos ofrece una brújula fiable para orientarnos en el camino del siglo que comienza”. “El verdadero motor del Concilio -añadió- fue el Espíritu Santo”.

En efecto, las afirmaciones del Concilio eran urgentes, pues el propio sentido común nos dice que los evangelizadores que afirman el amor y la comunión de su Dios en su predicación, pero que al mismo tiempo son incapaces de vivir este amor y esta comunión entre ellos, no pueden ser creíbles hoy.

Por tanto, el ecumenismo no es una opción entre otras en la economía de la fe cristiana, sino que, como decía Juan Pablo II, es una realidad irreversible que manifiesta la fidelidad a nuestra Iglesia. Además, la unidad y, por tanto, el ecumenismo, no son ayudas a la evangelización, sino que son su condición necesaria, el paso obligado.

El Directorio para la Catequesis del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, publicado por la Santa Sede en 2020, recoge y expone con claridad todos los logros acumulados durante estos años.

En el n° 344 reafirma: “La Iglesia, que por naturaleza es una realidad dialógica en tanto que imagen de la Trinidad y animada por el Espíritu Santo, está comprometida de modo irreversible con la promoción de la unidad de todos los discípulos de Cristo” (DC 344). Por ello, la catequesis, como toda acción eclesial, está marcada de forma intrínseca por una *dimensión ecuménica* en doble dirección : por un lado, el anuncio del Evangelio y la catequesis están al servicio del diálogo y de la formación ecuménica; por otro lado, el compromiso por la unidad es el camino y el instrumento creíble para la evangelización (cf. DC 344).

El *Directorio* en el n° 345 indica alguna de las tareas de la catequesis en relación a la cuestión ecuménica :

- a. Afirmar que la división es un grave obstáculo que contradice la voluntad del Señor, y que los católicos están invitados a participar activamente en el movimiento ecuménico, especialmente a través de la oración. (cf. UR, nn. 1 y 8) ;
- b. exponer con claridad y caridad la doctrina de la fe católica “respetando especialmente el orden y la jerarquía de las verdades (cf. UR, n. 11) y evitando las expresiones o formas de exponer la doctrina que obstaculizan el diálogo”;

c. Presentar correctamente la enseñanza de las otras Iglesias y comunidades eclesiales, mostrando lo que une a los cristianos y explicando, incluso con breves notas históricas, lo que los divide (Cf. DC 345).

En el n° 346 indica que, ante la necesidad de la tarea común evangelizadora, y no solo por razones puramente organizativas, es importante que se prevean “ciertas experiencias de colaboración en el campo de la catequesis habitual que, de todos modos, los católicos deben recibir.” (Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae* n.33.)

b) 4 maneras de concebir la unidad de la Iglesia según el Padre Laurent Fabre

Inspirándose en los trabajos del *Groupe œcuménique des Dombes*, un grupo de teólogos católicos y luteranos-reformados fundado en 1937 por iniciativa de los abades lioneses Couturier y Remilleux y del pastor suizo Bäumlín, Laurent Fabre propone los siguientes modelos, que resumimos aquí:

- *Unidad por absorción*: Cada iglesia espera el regreso de la otra a su propio redil. Que la Iglesia Católica se reforme y estaremos unidos, dicen las iglesias protestantes. Que la Iglesia Protestante vuelva al redil que dejó, y estaremos unidos, dice la Iglesia Católica. La Iglesia Ortodoxa dice: los católicos han añadido a la Ortodoxia, los protestantes han quitado, que todos vuelvan al equilibrio de nuestra iglesia y estaremos unidos. ¡Ha vuelto! Este modelo existe desde hace mucho tiempo, pero su eficacia es cuestionable.

- *La unidad como misterio*: los muros son infranqueables. Un día nos encontraremos en el cielo. Todo el mundo se queda en su zona de confort. Este modelo plantea la pregunta: ¿los muros de separación llegan realmente hasta el cielo?

- *Unidad plural*: ¡tomémonos a nosotros mismos tal y como somos! Aceptémonos mutuamente sin enfrentarnos a nuestras diferencias. ¿Es esto suficiente para honrar la oración de Cristo en Juan 17,21: “Que todos sean uno para que el mundo crea”?

- *Unidad a través de la conversión de las iglesias*: Si cada iglesia se acerca a Cristo a través de una especie de *metanoia*, una profunda conversión de la mente y del corazón, entonces nos convertiremos en hermanos y hermanas del mismo Padre. Entonces podremos evangelizar juntos y no avergonzarnos de nuestras divisiones ante los incrédulos. “(...) Todo lo que se eleva converge inevitablemente”, explica el padre Teilhard de Chardin. Es la conocida imagen de la rueda del carro donde



Jesucristo es el eje. Estamos, en nuestra diversidad, en los radios de la rueda. Cuanto más nos acercamos al centro, que es Jesucristo, más nos acercamos automáticamente los unos a los otros. La unidad es entonces un regalo recibido.

4. Diversidad conciliada

a) *Un pasado pesado*

“¿Tengo el reflejo de la fraternidad? Esta es una pregunta que tengo que hacerme regularmente. Las diferencias entre nosotros no nos impiden vivir una verdadera y profunda fraternidad. Esto es lo que experimento en mi comunidad. Lejos de anular las tensiones y los sufrimientos de la separación, con la ayuda de la verdad y del perdón, se abre un camino de fraternidad y de reconciliación. Un camino de la cruz y de la alegría. Así podremos evangelizar juntos y dar mucho fruto”.

Este testimonio de un miembro de la Comunidad *Chemin Neuf* muestra claramente la grandeza del camino recorrido y la profundidad de la expresión “diversidad reconciliada”. Durante siglos, los cristianos no solo han sido hermanos separados, sino hermanos enemigos. Siglos de guerra, odio, oposición y prejuicios han profundizado nuestras diferencias y separaciones. Así se han creado grandes barreras. Si uno decía: “Me voy a la derecha”, el otro, su hermano enemigo, para marcar su desacuerdo y la distancia que quería establecer con él, decía: “¡Me voy a la izquierda! Traemos aquí un texto muy revelador del Informe sobre la unidad del año 2017:

“La manera en que los teólogos presentaron sus convicciones teológicas en la lucha por la opinión pública ya es otro asunto. En el siglo XVI, católicos y luteranos frecuentemente no solo malinterpretaron, sino que exageraron y caricaturizaron a sus oponentes para ridiculizarlos. Repetidamente violaron el octavo mandamiento, que prohíbe dar falso testimonio contra nuestro prójimo. Aun cuando los adversarios eran intelectualmente honestos unos para con otros, su voluntad de escuchar al otro y de tomar en serio sus inquietudes fueron insuficientes. Los más propensos a la controversia deseaban refutar y derrotar a sus rivales, a menudo agravando deliberadamente los conflictos, en lugar de buscar soluciones prestando atención a aquello que sostenían en común. Los prejuicios y las malas interpretaciones desempeñaron un papel importante en la caracterización de la otra parte. Se creaban desacuerdos, y estos eran legados a generaciones posteriores. En esto, ambas partes tienen razón suficiente para arrepentirse y lamentar las maneras en que condujeron

sus debates. Tanto los luteranos como los católicos cargan con esta culpa, que debe ser confesada abiertamente al recordar los acontecimientos de hace quinientos años”.

(Del conflicto a la comunión. Conmemoración conjunta luterano-católico romana de la Reforma en el 2017. Informe de la Comisión luterano-católico romana sobre la unidad, n.233)

Así, poco a poco, esta dinámica llevó a los cristianos en conflicto a exagerar las posiciones de ambos bandos, abandonando una posición más equilibrada y justa. Una visión, recibida por otro miembro de la comunidad es sugerente y da que pensar: Jesús estaba de pie con un hermano de una denominación cristiana a su izquierda y otro hermano de otra denominación a su derecha. Jesús, en señal de amor por ambos, había puesto su mano derecha sobre el hombro de su hermano de la derecha y su mano izquierda sobre el hombro de su hermano de la izquierda. Deseando reconciliarlos, Jesús trató de unir sus dos manos para que los hermanos pudieran verse y amarse. Pero los dos hermanos se resistieron con todas sus fuerzas y tiraron de las manos del Señor en dirección contraria, tanto que finalmente lo clavaron en la cruz. ¿No es esto lo que ocurre cuando la gente no quiere reconciliarse? Y esto ocurrió en muchos ámbitos: hubo conflictos sobre el uso y la lectura de la Biblia, sobre los sacramentos, sobre el Papa, sobre María. Así se entiende la afirmación que a menudo decimos en la comunidad: María no es la causa de nuestras divisiones, sino que es la víctima.

Por otra parte, a fuerza de oponernos, acabamos definiéndonos, no por lo que nos constituye esencialmente como cristianos, sino por todo lo que nos diferencia. Caemos en el peligro de una identidad negativa: soy católico no porque sea discípulo de Cristo, sino porque no soy protestante y viceversa.

b) Diversidad reconciliada

El 3 de junio de 2017, el Papa Francisco en el Circo Máximo de Roma, durante una vigilia de Pentecostés, dijo con contundencia:

“No es fácil demostrar al mundo actual que la paz es posible, pero en el nombre de Jesús podemos demostrar con nuestro testimonio que la paz es posible. Pero es posible si nosotros estamos en paz unos con otros. Si nosotros acentuamos las diferencias, estamos en guerra entre nosotros y no podemos anunciar la paz. La paz es posible a partir de nuestra confesión de que Jesús es el Señor y de nuestra evangelización por este camino. Es posible. Aun



mostrando que tenemos diferencias —pero esto es obvio, tenemos diferencias—, pero queremos ser una *diversidad reconciliada*. Así es, esta palabra no tenemos que olvidarla sino pronunciarla a todos: diversidad reconciliada. Y esta palabra no es mía, no es mía. Es de un hermano luterano. Diversidad reconciliada” (Francisco, Vigilia de Pentecostés, 3 junio 2017).

“Podemos discrepar pacíficamente”, suele decir el padre Laurent Fabre.

El Papa Francisco subraya que la unidad en la diversidad tiene su origen en el misterio de la Santísima Trinidad. Dios es esencialmente diferencia en la comunión del Amor. El hombre no sólo ha sido creado a imagen de Dios porque es capaz de libertad y amor, sino porque ha sido creado varón y mujer, indisolublemente unidos en la diferencia. El Papa Francisco también insiste en que es el Espíritu Santo quien crea la variedad y la diversidad. Pero también es el Espíritu quien crea la unidad de los que están separados.

Se trata de evitar dos tentaciones: la unidad sin diversidad, que conduce al totalitarismo de la uniformidad, y la diversidad sin unidad, que nos dispersa.

El cardenal Raniero Cantalamessa solía repetir incansablemente que lo que nos une como cristianos es mucho más importante que lo que nos divide. El Papa Francisco lo recoge y desarrolla en su Exhortación Apostólica postsinodal *Querida Amazonia*:

“En un verdadero espíritu de diálogo, se fomenta la capacidad de entender el significado de lo que el otro dice y hace, aunque no se pueda asumir como convicción propia. De esta manera se hace posible ser sincero, no ocultar lo que creemos, sin dejar de dialogar, de buscar puntos de encuentro, y sobre todo de trabajar y luchar juntos (...). La fuerza de lo que une a todos los cristianos tiene un valor inmenso. A veces prestamos mucha más atención a lo que nos divide y no apreciamos ni valoramos lo que nos une (...).

Todos los cristianos estamos unidos en la fe en Dios Padre que nos da la vida y nos ama tanto. Estamos unidos en la fe en Jesucristo, el único Redentor que nos ha liberado mediante su bendita Sangre y su gloriosa Resurrección. Nos une el deseo de su Palabra que guía nuestros pasos. Estamos unidos en el fuego del Espíritu que nos impulsa a la misión. Estamos unidos en el mandamiento nuevo que nos ha dejado Jesús, la búsqueda de una civilización del amor, la pasión por el Reino a la que nos llama el Señor para construir con él. Estamos unidos en la lucha por la paz y la justicia. Nos une la convicción de

que no todo acaba en esta vida, sino que estamos llamados a la fiesta celestial donde Dios secará todas las lágrimas y reconocerá lo que hemos hecho por los que sufren.

Todo esto nos une. ¿Cómo no vamos a luchar juntos? ¿Cómo no vamos a rezar juntos y trabajar codo con codo para defender a los pobres de la Amazonia, para mostrar el rostro santo del Señor y para cuidar de su creación? “ (nn.108-110).

Así podremos evangelizar juntos con un buen corazón, ardiendo en el deseo de que todo hombre y mujer conozca esta alegría de la salvación.

“Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad” (Ef 2, 14-16)

Conclusión

Para terminar, me gustaría compartir con ustedes algo de mi propia experiencia. Conocí esta diversidad reconciliada de niño gracias a mis padres, que fueron pioneros del ecumenismo a su manera.

Mis padres, muy influenciados por la espiritualidad de San Francisco de Asís, intentaron hacernos vivir una especie de fraternidad universal. En el armario del comedor, una Biblia abierta nos recordaba la presencia permanente de Dios. En la pared del mismo lugar, mi padre había pintado la frase “los muros de separación no llegan al cielo”. Crecí con esta palabra como si estuviera grabada en mi mente y en mi corazón. Es la única herencia que me dio mi familia y que todavía llevo conmigo cuando llego a la *Cartuja de Aula Dei*.

En casa, en cuanto surgía un conflicto, se nos invitaba a pedir perdón a la otra persona. Mis padres se empeñaron en ayudarnos a vivir esta fraternidad universal con los que no eran como nosotros, por ejemplo en

- una visita a la sinagoga para introducirnos en el mundo judío;
- en la acogida a varias personas de diferentes países de África y otros lugares;
- recuerdo las palabras de mi padre en sus charlas con amigos protestantes: “Albert, cuanto más protestante te vuelvas, más católico me volveré y más



hermanos seremos”.

Todo esto puede parecer pequeño en comparación con todos los diálogos oficiales, documentos, trabajos teológicos e intelectuales. Sin embargo, esta es la base esencial, la fuente y el fundamento de la búsqueda de la unidad. El diálogo está enraizado en esa sencillez evangélica de la que habla el Papa Francisco, eligiendo como título de su encíclica las palabras de San Francisco: “¡Fratelli Tutti!”.

Y para terminar, recogemos aquí el hermoso texto que pronuncian nuestros hermanos luteranos, en el culto, antes del momento de la comunión:

“Como las espigas que antes estaban dispersas en los campos y los racimos de uva que antes estaban dispersos en las colinas, ahora se reúnen en este altar, en este pan y este vino, así, Señor, que toda tu Iglesia se reúna pronto desde los confines de la tierra en tu reino”.